



HAL
open science

Los estudios sociales del agua y la acción ambiental ¿innovación o impostura?

Ana G. Besteiro

► **To cite this version:**

Ana G. Besteiro. Los estudios sociales del agua y la acción ambiental ¿innovación o impostura?. XI Congreso Ibérico de Gestión y Planificación Del Agua, Fundación Nueva Cultura del Agua, Sep 2020, On line, España. halshs-03133936

HAL Id: halshs-03133936

<https://shs.hal.science/halshs-03133936>

Submitted on 7 Feb 2021

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

LOS ESTUDIOS SOCIALES DEL AGUA Y LA ACCIÓN AMBIENTAL ¿INNOVACIÓN O IMPOSTURA?

Ana G. Besteiro

*Universidad Jean Moulin-Lyon III (Francia)
UMR 5600 "Environnement, Ville, Société" (EVS)*

RESUMEN

A pesar de que la comunidad experta del agua reconoce que los desafíos actuales deberían hacer converger a las diferentes disciplinas del saber ambiental, lo cierto es que las ciencias experimentales y ecológicas siguen ocupando un lugar privilegiado en los foros de conocimiento del agua, mientras que la participación de las ciencias sociales es aún marginal. En la presente comunicación se analiza el papel de los estudios sociales del agua en la comprensión de las relaciones agua-sociedad al incorporar las diferentes identidades del agua que han sido silenciadas al primar un agua universal y cuantificada. Se plantea una reflexión abierta sobre la incorporación de las dimensiones sociales, políticas e históricas del agua territorializada a la definición de problemas y diagnósticos ambientales como fase previa a la acción ambiental, co-construyendo una verdadera transdisciplinariedad en el marco de las humanidades ambientales.

Palabras clave: estudios sociales del agua, humanidades ambientales, hegemonía ecológica, transdisciplinariedad, co-construcción.

1. ¿DÓNDE ESTÁ LA SOCIEDAD EN LOS ESTUDIOS DEL AGUA?

Una anécdota reciente ilustra a la perfección los argumentos que se desarrollarán en esta comunicación. Cuando mandé el resumen de participación para este congreso, espontáneamente me pareció que lo más coherente era inscribirlo en el área temática "soluciones basadas en la naturaleza y otros enfoques innovadores". Sin embargo, la organización del evento prefirió incluirlo en otra área "gobernanza, educación y comunicación". La respuesta a este desfase hay que buscarla en la misma confusión con la que se interpreta el papel actual de los estudios sociales del agua en el panorama global de la gestión de los recursos hídricos.

En efecto, este tipo de estudios sociales del agua están con frecuencia ausentes o se encuentran relegados a un papel de simples acompañantes de los estudios del medio natural del agua para dotarlos de una pátina multidisciplinar y de apertura democrática en procesos de participación pública, educación o comunicación. Esta constatación choca, sin embargo, con la idea unánime de la comunidad experta medioambiental, que entiende que la oposición a la que estábamos tan acostumbrados entre historia natural e historia humana se está desdibujando a grandes pasos (Descola, 2015; Larrère y Larrère, 2015).

Aunque pocos niegan ya que la cuestión ambiental suscita la convergencia de todos los modos de producción del conocimiento en una situación inédita de la historia de la humanidad como la actual (Choné *et al.*, 2016) y que conocer las interacciones cruzadas entre el agua y la sociedad resultaría esencial para acometer los desafíos de la acción ambiental, lo cierto es que se sigue hablando de “soluciones basadas en la naturaleza” en lugar de ampliar esta filosofía a “soluciones basadas en las relaciones agua-sociedad”.

Es interesante observar cómo a menudo, al hablar de sistemas socio-ecológicos, las relaciones de poder suelen silenciarse (Carrelet, 2016, 51) cuando en realidad “la manera en que los humanos consideran a los no-humanos no es jamás independiente de la manera en que los humanos consideran a los otros humanos” (Descola, 2003, 87) y que los problemas del agua son siempre sociales o políticos y no se reducen jamás al agua misma (Linton, 2010). Si agua y sociedad se construyen mutuamente, la pregunta que surge al hilo de este supuesto es ¿por qué se sigue haciendo hincapié en el estudio de uno sólo de los componentes del binomio -el agua- y se olvida el estudio de las relaciones que la sociedad establece con ella, usándola, disfrutándola, observándola o quizás detestándola?

El presente trabajo tiene el objetivo de inscribirse en la actualidad de los debates que agitan los estudios ambientales sobre la interfase agua-sociedad. Analizando el papel de los estudios sociales del agua a través de varios ejemplos y estudios de caso se propone una reflexión abierta sobre la trascendencia que este tipo de enfoques puede tener en la innovación de las políticas de gestión del agua, una proposición que no debería considerarse como una impostura o “epistemic trespassing” (Ballantyne, 2019) sino como una apertura a nuevas formas de conocimiento ambiental en interacción.

2. LAS CAUSAS DE LA BRECHA ENTRE DISCIPLINAS AMBIENTALES

“Los ecólogos muestran reservas en trabajar de igual a igual con los investigadores en ciencias sociales” (Blanc *et al.*, 2017, 271) ¿Qué puede incitar a un científico social a publicar algo así? ¿Se trata de una reivindicación frente a una profesión hegemónica en el campo ambiental o se refiere tan sólo a una disputa entre campos del conocimiento en la que cada uno defiende sus fueros? ¿Sería entonces el conocimiento ambiental del agua exclusividad de unas disciplinas y no de otras?

Esta sentencia, sin duda provocativa refleja, no obstante, el saber ambiental actual: los estudios que intentan entender las relaciones entre el agua y la sociedad no suelen estar invitados a la mesa de trabajo dirigida por la ciencias naturales y experimentales. Prueba de ello son los innumerables foros de discusión sobre el agua (congresos, publicaciones, monografías, etc.) en los que su participación es todavía marginal (Linton, 2017). Esta brecha entre disciplinas naturales y sociales en los estudios sobre el agua se debe a nuestro juicio a tres motivos: el primero, ligado a las posturas epistemológicas y metodológicas de ambos campos de conocimiento, el segundo relacionado con los paradigmas dominantes que

configuran el agua como única y universal y por último, los factores ligados a la neutralidad y legitimidad científica.

2.1. EL RESPETO MUTUO ENTRE PUNTOS DE VISTA EPISTEMOLÓGICOS Y METODOLOGÍAS

Reconozcamos que la postura constructivista que los estudios sociales del agua han defendido -y siguen defendiendo en algunas posiciones epistemológicas extremas- ha contribuido a su rechazo por parte de las ciencias naturales positivistas. Esta postura, que supone que todo es construcción social y olvida la materialidad del mundo como una realidad que interacciona con los marcos políticos, económicos, sociales e históricos, ha sido remplazada estos últimos años por un enfoque neo-constructivista que considera la materialidad del mundo como una realidad con capacidad de acción propia pero cuya calificación no deja de ser un constructo social. Como consecuencia de esta oposición entre posturas de referencia (constructivista *versus* positivista), las maneras de abordar el conocimiento del agua son diferentes y no exentas de críticas cruzadas entre ciencias naturales y ciencias sociales.

Por un lado, las ciencias naturales suelen considerar que los resultados procedentes de métodos cualitativos, empleados mayoritariamente por los estudios sociales del agua para analizar las representaciones sociales, los valores y las relaciones de poder que éstas generan son subjetivos o poco científicos. Estos reproches están fundados en la tradición metodológica del campo social que tiende a obviar la prueba científica de sus datos empíricos y análisis de manera que los resultados parecen salir de una “caja negra” a la que solamente ellos tienen acceso. Esta posición puede, en efecto, resultar incómoda y difícilmente aceptable para una profesión científico-técnica acostumbrada a mostrar sus datos cuantitativos sometidos a cálculos estadísticos o modelizaciones. Para asegurar su credibilidad en el campo científico (y con respecto a sus pares en ciencias naturales), los estudios sociales del agua deberían esforzarse por adquirir una mayor transparencia en sus análisis que son, sin lugar a duda, tan rigurosos y poseen un carácter tan “científico” como los análisis cuantitativos (Olivier de Sardan, 2008).

Por otro lado, los enfoques cuantitativos empleados por las ciencias naturales que asumen el agua como única y universal son a su vez considerados con cierta cautela por las ciencias sociales. Aunque las cifras que diagnostican las problemáticas ligadas al agua no mienten, tienen sin embargo el riesgo de encerrar a aquellos que las crean y las utilizan en una sola dimensión de la realidad -natural- y de impedirles así instalar un diálogo con la otra parte de la realidad -social-, más oculta e implícita pero que puede ser determinante para entender ciertas situaciones hidrosociales. Como afirma Raffestin (1996), cuantificar la naturaleza, para clasificarla tiene consecuencias directas sobre el poder de someterla. A nadie se le escapa que este proceso de cuantificación no es neutro, sino que es la consecuencia de representaciones científicas que resultan imparables en términos de acción ambiental porque su justificación reposa sobre argumentos supuestamente “naturales” y por tanto considerados como realidades indiscutibles (Blot *et al.*, 2018).

2.2. ¿AGUA ÚNICA Y UNIVERSAL O MÚLTIPLES IDENTIDADES DEL AGUA?

Llegamos así al segundo motivo que mantiene la brecha entre disciplinas ambientales, esta vez ligado a ciertos paradigmas que parecen inamovibles a la hora actual en el campo de las ciencias naturales e ingenierías, pero que sin duda merecerían una revisión. Nos referimos, sobre todo, a la identidad contemporánea del agua o “agua moderna” (Linton, 2010) que atribuye una esencia naturalizada y aséptica al “H₂O”: única, universal, cuantificada y monetizada y por ende, relativamente fácil de gestionar al no involucrar su dimensión histórica, política y social.

Haber reducido las múltiples identidades del agua a una sola ha engendrado sin duda el espejismo de la racionalidad y de la eficiencia y por supuesto, enormes beneficios en salud y nivel de vida de las sociedades contemporáneas, pero el paradigma de la certidumbre impuesto por las ciencias hidrológicas y ecológicas tropieza actualmente con sus propios límites. Así, estas disciplinas, seguras de sus propósitos, establecen sus diagnósticos y definen los problemas ambientales midiendo y cuantificando con la mayor precisión posible los datos bio-físicos del agua, pero relegando, en la mayor parte de los casos, el papel de la sociedad al de simple contaminadora o destructora de los hidrosistemas por afán económico o falta de conocimientos. Sus soluciones impuestas simplifican demasiado la ecuación agua-sociedad, y obvian las interrelaciones entre las identidades múltiples del agua (objeto de gestión, de relaciones sociales, de aplicación de tecnologías e infraestructuras, de medio de conocimiento o de renovación personal, entre otras). Sin embargo, la dimensión plural, heterogénea y compleja de las representaciones del agua sigue existiendo por mucho que se pretenda dejarla de lado y un cambio en una de sus significaciones supone una contradicción o una crisis en su conjunto (Linton, 2010), lo que es difícilmente explicable con un enfoque único y hegemónico del agua “natural”.

Hay que reconocer igualmente, que las ciencias sociales, trabajando fundamentalmente desde la incertidumbre y procediendo por observación, encuestas de campo, entrevistas o investigaciones documentales constituyen tipologías y formulan hipótesis, pero no extraen verdades definitivas como aquellas resultantes de los estudios experimentales. Este hecho puede resultar a menudo incómodo en términos de acción ambiental porque se asume que el papel de los expertos ambientales es el de proporcionar líneas claras de actuación. Sin embargo, estas actuaciones tienen y tendrán un corto recorrido sin una comprensión de la estructura social y de las relaciones de poder de las sociedades a través del agua y sus flujos.

Pero todo cambia, todo puede cambiar y quizás el aporte de las ciencias sociales en el ámbito del agua sea el de visibilizar y dar cuerpo a los márgenes de maniobra y a la extensión del “mundo de posibles” socioambientales dejando de lado las leyes naturales universales que restringen ese universo de oportunidades y focalizando la variabilidad temporal y espacial que cristaliza las relaciones agua-sociedad en un momento dado, “aquí y ahora”. Lejos de la ilusión de una sociedad perfecta y en paz, en la que cada uno a su manera cree poseer las claves, el asombro que emana de una nueva lectura del territorio a través de los estudios sociales del agua puede suponer en muchos casos una puerta abierta a nuevas concepciones alternativas del conocimiento hidrosocial.

Por ejemplo, dar por sentado que el ciclo hidrológico tal y como lo conocemos hoy responde al funcionamiento natural del agua tiende a olvidar que se trata más bien de una representación científica que, aunque haya demostrado su utilidad desde los años 1930 en los que fue diseñado (Linton, 2010), evacúa de su definición al elemento humano y a sus relaciones políticas y sociales dotándolo de una imagen de objetividad. En cambio, la proposición de los estudios sociales de entender el agua como una materia de naturaleza híbrida, interiorizada por las sociedades y compuesta de diferentes significaciones y por tanto de distintas “aguas”, invoca otro ciclo, el ciclo hidrosocial (Linton y Budds, 2014). Caracterizar de manera rigurosa y científica este ciclo hidrosocial, es decir, el modo en el que las relaciones complejas entre agua y sociedad cristalizan, así como la naturaleza de las relaciones que se establecen entre el poder y el saber de los actores territoriales, permitiría en primer lugar cuestionar la naturalización de ciertas representaciones del agua y en segundo, comprender cómo el agua configura la sociedad y ésta es configurada a su vez por el agua en el espacio y en el tiempo (Linton, 2017).

2.3. EL AGUA SUBJETIVA Y EL AGUA OBJETIVA

El último factor de incompreensión entre disciplinas sociales y naturales alude a la posición de neutralidad de unas y otras: mientras que se tacha con frecuencia a las ciencias sociales de parcialidad por su cercanía a las cuestiones sociales, las ciencias naturales aparecen en la representación colectiva y en la suya propia como exentas de cualquier ideología y de una imparcialidad constante. Sin embargo, esta distinción maniquea dista bastante de las actitudes encontradas en ambos campos. Si las ciencias sociales se ven obligadas sistemáticamente a justificar sus posiciones a través de procesos de reflexividad, éstos mismos planteamientos no parecen exigibles a las ciencias naturales que, sin atisbo de duda, disponen de una legitimidad científica que les proporciona su anclaje en lo cuantitativo.

La neutralidad activa para cualquier ciencia ambiental -natural o social- debería tener como objetivo el poner a los actores locales frente a ellos mismos y sus acciones, dejándoles que extraigan sus propias conclusiones para co-construir decisiones consensuadas sobre los hidrosistemas con los que desean vivir y entendiendo que pretender una naturaleza “natural” es una quimera. Ahora bien, teniendo en cuenta que las ciencias naturales se inscriben en paradigmas universales que ellas mismas han contribuido a crear (desarrollo sostenible, biodiversidad, cambio global, etc.) y que esas verdades se insertan en los contextos locales sin atender a las particularidades hidrosociales de los territorios, resultaría pertinente ser conscientes de estas inscripciones y de sus posibles derivas.

3. INTENSIFICAR LAS SINERGIAS ENTRE DISCIPLINAS AMBIENTALES

3.1. TÍMIDAS RELACIONES

Estos factores citados que fomentan en principio más la incompreensión que la colaboración entre disciplinas nos presentan un panorama del conocimiento y acción ambiental del agua

que podríamos calificar de “diálogo de sordos”, en el que en ambas partes reina la desconfianza y el sentimiento de ser el único portavoz, contable o prescriptor de los hidrosistemas, como si las dos dimensiones -la natural y la social- estuvieran predestinadas a no lograr jamás un verdadero encaje. No podemos olvidar, sin embargo, que existen algunos puntos de encuentro entre disciplinas, pero éstos son aún tímidos y no explotan a fondo las enormes posibilidades de co-construcción que podrían generar en sinergia. En este sentido, citaremos tres ejemplos en los que las imbricaciones entre campos disciplinarios coexisten, aunque de manera débil o inadecuada.

El primer ejemplo se refiere a la fusión actual incompleta entre disciplinas sociales y naturales en el que se adjudica a las primeras el papel de apoyo a la educación y comunicación de datos y acciones propuestas por las segundas. Esa ayuda, que podríamos definir como “marketing ambiental” se utiliza a menudo, ya sea como un simple barniz “social” en proyectos de agua y medio ambiente (Nye *et al.*, 2013) o bien como medio de sensibilizar a las poblaciones para persuadirlas de la pertinencia de las soluciones eco-técnicas a través de mensajes orientados al cambio de comportamientos. Este tipo de apoyos a una comunicación eficaz para imponer un único punto de vista no es, en absoluto, la vocación de los estudios sociales del agua que prefieren definirse como facilitadores de las interacciones, sacando a la luz las representaciones sociales de unos y otros para que puedan enriquecerse mutuamente en la búsqueda de soluciones.

En segundo lugar, apuntaremos a los estudios sociales del agua que se interesan por los procesos de participación pública en la decisión ambiental para observarlos o acompañarlos. Estos estudios concluyen que estos procesos son todavía foros en los que se invita a los profanos “a no discutir” (Riaux, 2008) y en los que no existe una verdadera transferencia de visiones sobre la definición de los problemas ambientales (Callon *et al.*, 2001; Ostrom, 2014). Las ciencias sociales deberían profundizar aún más en las dinámicas políticas, económicas, sociales e históricas que confluyen en el fracaso de la participación ciudadana tal y como se lleva a cabo actualmente.

Para terminar, mencionaremos un tercer caso sobre la interpretación limitada que se suele hacer de “lo social” en el ámbito de los estudios ambientales del agua. Si muchos expertos de ciencias naturales o de geografía humana clásica creen tratar este componente a través de indicadores socioeconómicos, de pobreza hídrica o de aceptabilidad social, entre otros, cabría preguntarse ¿hay algo más “social” que se podría estudiar? Lo cierto es que asistimos a una amalgama en la que “lo social” se confunde a menudo con el análisis de estadísticas sociales, como la situación socioeconómica del sector agrícola de una región o la distribución del agua para diferentes usos. Pero como afirma Nogué (2018) estos análisis resultan insuficientes ya que a pesar de que encuentran su legitimidad en el formidable despliegue de técnicas cartográficas y cuantificaciones territoriales, estos “mapas conservadores” (Boira, 2015, 235) no dejan de reflejar territorios estáticos e inmutables, sin que las dinámicas relacionales entre agua y sociedad aparezcan en su seno. En cambio, los estudios sociales del agua tienen la capacidad de poner en evidencia la complejidad de las situaciones hidrosociales, sin describir ni calcular lo incalculable sino analizando la naturaleza de las interacciones del pensamiento humano con la naturaleza y el agua que le rodea.

3.2. BUSCANDO LA COMPLEMENTARIEDAD

Sin duda, vivimos momentos de cambio en el panorama ambiental e hídrico y en buena parte depende de nosotros, los especialistas de las diferentes disciplinas ambientales, la orientación que se dará a esos cambios. Es evidente que no se trata, desde el punto de vista de las ciencias sociales, de suplantar o ignorar el papel que la ecología, la hidrología, la economía o las ingenierías han tenido -y tienen aún- en la comprensión del funcionamiento de ecosistemas acuáticos o acuíferos, en las definiciones de indicadores biofísicos, en el establecimiento de vínculos con las dinámicas económicas de explotación del recurso hídrico o en la calificación de las prácticas ligadas al agua como “buenas” o “malas”. No obstante, cabe señalar que resulta tan incongruente encontrar ecólogos trabajando en el campo social que expertos sociales adentrándose en interpretaciones ecológicas.

No se trata, pues, de poner en duda competencias sino de invitar a ambos campos del conocimiento ambiental a inscribirse en una reflexión emergente sobre el reparto disciplinar, en definitiva, a recorrer juntos el camino hacia una “época de los apegos” (Quenet, 2017, 264). Para ello, el terreno ya se encuentra algo abonado, porque las ciencias naturales y tecnológicas tienen que integrar, cada vez con mayor frecuencia, las realidades sociales y políticas y enfrentarse a las indiferencias y hostilidades de la sociedad frente a sus proposiciones. Todo ello, sin estar nunca seguros de haber tomado las decisiones adecuadas a la vista de los resultados obtenidos, muchas veces insatisfactorios (Del Val, 2019). La iniciativa propuesta por los estudios sociales del agua, en su afán de visibilizar lo implícito, podría así venir a ampliar y completar los diagnósticos ambientales y en todo caso, a co-construir los problemas ligados al agua como paso previo a la propia acción ambiental.

Frente a todos los cambios que moldean de manera más o menos significativa nuestras múltiples “aguas”, sería tiempo de revisar nuestros horizontes científicos. Esta es la línea de reflexión que propone la nueva meta-disciplina, las *humanidades ambientales*¹ (Choné *et al.*, 2016; Blanc *et al.*, 2017) que aboga por borrar la escisión clásica entre ciencias naturales y ciencias sociales para abordar, analizar, entender y afrontar los desafíos sociales, ecológicos y políticos del siglo XXI. Como afirma Quenet (2017, 264) “la respuesta no puede venir solamente de las ciencias naturales e ingenierías, sino también de las humanidades, cuya capacidad de comprensión de los fenómenos culturales y sociales permite vislumbrar y entender las decisiones colectivas”.

4. CÓMO LOS ESTUDIOS SOCIALES DEL AGUA PERMITEN UNA NUEVA LECTURA DE LOS CONFLICTOS DEL AGUA

Para apoyar esta argumentación se hará alusión a un trabajo de investigación doctoral en ciencias sociales sobre el conflicto del agua (Besteiro, 2020). Este trabajo, realizado en dos cuencas, la del Alto-Guadiana en España y la del Usumacinta en México se interesa en el conflicto ambiental, porque éste concentra en sí mismo la expresión por excelencia de las

¹ <https://humanitesenvironnementales.fr/> Consultado el 12/04/2020.

relaciones agua-sociedad. Analizar las dinámicas sociales y las representaciones en torno al conflicto y al agua, el papel del saber experto y profano, los juegos de poder y los discursos que legitiman ciertas prácticas invita a las ciencias sociales a poner en evidencia sus interrelaciones con las competencias técnicas de las ciencias naturales. Sin embargo, a pesar de la certeza de estas relaciones, este estudio revela la ausencia de estudios sociales del agua, incluso en regiones como la del Alto-Guadiana que sufre un conflicto del agua desde hace más de 30 años.

Pese a los nuevos cuadros jurídicos nacionales o internacionales de regulación y control o de los dispositivos participativos que supuestamente aseguran la adhesión de las poblaciones, las tensiones y los conflictos ligados al agua siguen estando presentes en todas partes hasta el punto de que podemos preguntarnos si es posible hablar de agua sin hablar de conflicto. Incluso en los lugares donde estos conflictos no se manifiestan de manera abierta o incluso violenta, existen a menudo dinámicas inerciales sobre los territorios que, como una fatalidad, perpetúan un estado latente de tensión conflictiva que las diferentes iniciativas políticas y técnicas no consiguen hacer evolucionar. Añadamos a esto que no es el determinismo físico del agua (su escasez o su abundancia, por ejemplo) el que se impone a la hora de elegir las políticas públicas y las acciones hidrológicas y ambientales asociadas, sino el determinismo social y político (Blot y Besteiro, 2017) el que a menudo alimenta y perpetúa al propio conflicto (Besteiro, 2020).

Realidades biofísicas, percepciones y expresiones se entremezclan en estas dos cuencas y sus coincidencias y disparidades son ricas en enseñanzas. Así, el conflicto ligado al agua se asocia generalmente a la falta de agua, sin embargo, los discursos en torno a esta escasez son similares en un territorio semi-árido como el de la cuenca del Alto-Guadiana y un territorio tropical-húmedo como el del Usumacinta (Besteiro, 2020). Preguntarse sobre la escasez de agua remite a procesos de calificación, es decir, de objetivación y naturalización del estado cuantitativo del agua (Buchs, 2016) que sólo los estudios sociales del agua pueden desvelar y sacar a la luz. Estos procesos ponen en juego toda una serie de relaciones entre los saberes científico-técnicos y los saberes que llamamos profanos y comprometen las interacciones entre las representaciones y estrategias de actores hasta provocar un conflicto declarado sobre la base de una supuesta falta de agua. Juzgar que la escasez es la causa principal del conflicto puede conllevar un riesgo de diagnóstico erróneo: la implementación de un marco de acción pertinente no puede prescindir de un análisis en profundidad del funcionamiento social y no solamente de las causas físicas. Así, el grado de conflictividad no está necesariamente relacionado con la cantidad de agua disponible sino con el modo en que las sociedades construyen los argumentos para gestionar el agua a partir de los conocimientos científicos y técnicos.

En la literatura científica social encontramos múltiples causas del conflicto del agua que poco tienen que ver con la realidad del agua como materia (¿fenómeno físico?) a pesar de que los discursos insisten en esta supuesta realidad (¿constructo social?). Por ejemplo, Watteau (1996) tiende a señalar cuestiones de identidad territorial, Latargère (2018) habla de reivindicaciones ligadas a la pobreza de la población, para Bouleau *et al.* (2011) son las relaciones con los valores patrimoniales del agua los que originan el conflicto e incluso

Besteiro (2020) demuestra la movilización del conflicto como un recurso territorial. Todos ellos abren la posibilidad de poder entender y explorar el lugar que ocupa el conocimiento en la construcción de los problemas ligados al agua y de ponerlo en perspectiva con lo que provoca el conflicto o con lo que se dice que provoca el conflicto.

A través del análisis de discurso de entrevistas semi-estructuradas tratadas con el método de la teoría fundamentada, se ha establecido cómo la relación entre conocimiento y poder supone una buena base de interpretación del conflicto del agua y cómo la influencia del conocimiento experto sobre las prácticas ligadas al agua contribuye al propio conflicto. En el caso del Alto-Guadiana, la comunidad del conocimiento ecológico ha creado un discurso lógico y previsible: por un lado, las aguas subterráneas están amenazadas por un desarrollo desmesurado de la agricultura de regadío que enfrentará a la región a una situación de sequía permanente. Por otro, hay que proteger los humedales por su interés ecológico. La problemática sobre las aguas subterráneas y su relación con los humedales se ha convertido así en un dogma inmutable que no considera ni las incertidumbres del ciclo de recuperación de los acuíferos, ni las evoluciones de las prácticas de regadío. Por su parte, la defensa de los humedales, una prioridad ambiental evidentemente razonable, ha adquirido también con la perspectiva del tiempo, una dimensión sorprendente cercana también del dogma: las prioridades parecen inversamente proporcionales al interés ecológico de cada humedal, descuidando los más particulares para concentrarse sólo en algunos geosímbolos regionales o nacionales.

Los resultados obtenidos sugieren así la necesidad de abordar y comprender las representaciones sociales y las prácticas de los actores locales, incluidos los pertenecientes a la comunidad técnica y ecológica del agua, para entender las raíces y la evolución de la interacción entre actores y todos ellos con respecto al agua. Para unos y otros, el agua pasa de ser un recurso natural a un recurso discursivo, utilizado como argumento para alimentar cada postura: defensa de una naturaleza quimérica, supremacía y control del territorio, reconocimiento científico o motivo para obtener financiación pública. Aunque estas transformaciones son conocidas de manera intuitiva en el seno de los territorios del agua, son los estudios sociales del agua los que pueden aportar la prueba científica y la visibilidad de su existencia y explicar la productividad de un conflicto del agua en la que políticos, gestores, usuarios, población y comunidad del conocimiento del agua encuentran cada uno su interés en perpetuar la situación. Estas pistas sitúan a las ciencias sociales en el estudio de los conflictos del agua, no solamente como instrumento de comprensión y reflexión sino también como herramienta de acción ambiental en los territorios por la fuerza de sus resultados casi siempre inesperados.

5. ¿QUÉ PAPEL PUEDEN DESEMPEÑAR LOS ESTUDIOS SOCIALES DEL AGUA EN LA ACCIÓN AMBIENTAL?

Si partimos de la base que la acción ambiental debe tener en cuenta la complejidad de los sistemas hidrosociales y orientar conjuntamente las evoluciones de las sociedades y de los recursos hídricos, esta comunicación pretende lanzar una reflexión sobre la cohabitación y la

colaboración entre ciencias de la naturaleza y ciencias sociales en el diagnóstico, la definición de problemas y las propias propuestas de acción ambiental.

Mientras que las ciencias naturales evalúan las presiones antrópicas ejercidas en los medios acuáticos, las ciencias sociales cuentan con las herramientas teóricas y metodológicas necesarias para interrogar los vínculos agua-sociedad y poner así en evidencia las expectativas de los actores implicados en el futuro de estos medios. En este sentido, el aporte de las ciencias sociales a la acción ambiental y a las políticas públicas se apoya en tres pilares fundamentales: diagnóstico, acompañamiento y evaluación. Mediante el diagnóstico, se describen y se contextualizan las relaciones agua-sociedad gracias a la descripción de la complejidad de los múltiples vínculos espaciales y temporales. Mediante el acompañamiento de los responsables de proyectos se favorece la co-construcción de programas adaptados que creen las condiciones de un debate en el seno de las sociedades implicadas para adaptar las estrategias de gestión a las realidades sociales locales. En fin, la evaluación del desarrollo y de los efectos (esperados o inesperados) de ciertas políticas públicas favorece la visibilidad de perspectivas y mide la distancia entre aplicaciones reglamentarias con el fin de identificar los límites y oportunidades de la acción ambiental.

Como se señaló en las últimas Jornadas Doctorales de Estudios Sociales del Agua celebradas en Lyon (Francia) en septiembre 2019², aunque hasta ahora en el ámbito del agua, los poderes públicos se han apoyado para tomar sus decisiones en las ciencias naturales y saberes tecnológicos, dispuestos a proporcionar cifras que invocan las soluciones más adecuadas siempre que éstas se inscriban en las lógicas económicas del momento, no cabe duda que todo proyecto sobre el agua necesita tener en cuenta la dimensión socio-política del recurso. Esto implica que, más allá de las consideraciones que las ciencias experimentales nos proporcionan, se deben analizar en profundidad los valores que ribereños y usuarios atribuyen al agua, a las diferentes maneras de organizar los territorios en torno al agua y a los juegos de rivalidad y poder que pueden suscitar. Recordemos que no solamente los modos de gestión del agua reflejan la organización de la sociedad, sino que la sociedad en sí misma también se construye en torno a las representaciones, prácticas y usos del agua. Al igual que durante mucho tiempo se cerró los ojos ante los impactos ambientales que las obras hidráulicas provocaban en los ecosistemas acuáticos, olvidar hoy la observación de los territorios hidrosociales impide la comprensión de las estrechas y complejas relaciones que las poblaciones mantienen con sus recursos hídricos y las dinámicas sociales solidarias o conflictivas que generan sus diferentes usos.

Esta conclusión aboga en favor de una transdisciplinariedad en la que las modalidades de intervención de las ciencias sociales no estén impuestas por las ciencias naturales que hasta ahora tienden a reducir su campo de estudio y a fijar las condiciones de colaboración. Esta transdisciplinariedad iría más allá de la simple interdisciplinariedad y se traduciría en una integración de saberes en la que los puntos de vista y las metodologías de cada disciplina se plegarían a una reflexión común en torno a un objeto común. Sin una verdadera coincidencia en el objeto de estudio, sin hacer que los unos dependan de la información producida por los

² <http://www.aqueduc.info/-Doctoriales-eau-Lyon-2019-?lang=fr>. Consultado el 30/04/2020.

otros y viceversa, en definitiva, sin una verdadera fusión o integración de planteamientos y resultados, la transdisciplinariedad seguirá siendo letra muerta ¿Qué esperamos entonces para dar el salto hacia una transdisciplinariedad real en materia de agua? ¿Quizás el recelo a trasponer en palabras lo que no se desea oír porque son temas “delicados”? o ¿Quizás la pereza de salir de la endogamia ecológica? Como afirman Blanc *et al.* (2017, 275) “la verdadera transdisciplinariedad es primero un esfuerzo sobre sí mismo”. Es sin duda con esta actitud autocrítica y de respeto mutuo que se debe abordar este desafío.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ballantyne, N. (2019): “Epistemic Trespassing”, *Mind*, 128 (510), 367-395.
- Besteiro, A.G. (2020): *L'eau qui fait conflit, le conflit qui fait ressource*. Tesis doctoral. Lyon, Universidad Jean Moulin.
- Blanc, G. E. Demeulenaere y W. Feuerhahn (2017): *Humanités environnementales. Enquêtes et contre-enquêtes*, Paris, Publications de la Sorbonne.
- Blot, F. y A.G. Besteiro (2017): “Contribution de la géographie francophone à la political ecology. Deux études des relations société/eau souterraine dans l'Espagne semi-aride”, *L'espace géographique*, 46 (3), 193-213.
- Blot, F. A.G. Besteiro y R. Bénos (2018): “Compter ou conter la nature. Production de données environnementales et enjeux de pouvoir” en Coumel, L. R. Morera y A. Vrignon (dir.), *Pouvoirs et environnement. Entre confiance et défiance, XV^e-XXI^e siècles*. Rennes. Presses Universitaires de Rennes, 195-212.
- Bouleau, G. A. Richard-Ferroudji y C. Werey (2011): “Patrimoines à réapprécier”, en Bouleau, G. y L. Guérin-Schneider (éd.) *Des tuyaux et des hommes. Les réseaux d'eau en France*, Versailles, Ed. Quae.
- Buchs, A. (2016): *La pénurie et eau est-elle inéluctable? Une approche institutionnaliste de l'évolution du mode d'usage de l'eau en Espagne et au Maroc*. Bruselas, PIE Peter Lang ed.
- Boira, J.V. (2015): “Deconstruyendo el mapa conservador. Sobre el renacimiento de la geografía en el siglo XXI”, *Boletín de la Asociación de Geógrafos españoles*, 67, 233-250.
- Callon, M. P. Lascoumes y Y. Barthe (2001): *Agir dans un monde incertain. Essai sur la démocratie technique*, Paris, Ed. Seuil.
- Carrelet, M (2016): *Political ecology des engrilllements de Sologne: tentative de défragmentation du paysage écologique, politique et disciplinaires*. Tesis doctoral. INP-Universidad de Toulouse.
- Choné, A. I. Hajek, y P. Hamman (2016): *Guide des humanités environnementales*, Lille, Presses Universitaires du Septentrion.
- Del Val, A. (2019): “40 años”, *Ecologista*, 100, Número especial “100 números de acción ecologista”, 11-13.
- Descola, P. (2003): “Constructing natures: symbolic ecology and social practice”, en Descola, P. y G. Palsson (eds.), *Nature and Society: Anthropological Perspectives*, Londres, Routledge ed.
- Descola, P. (2015): *Par-delà nature et culture*, Paris, Folio.
- Larrère, C. y R. Larrère (2015): *Penser et agir avec la nature. Une enquête philosophique*, Paris, La Découverte.

- Latargère, J. (2018): *Conflits, eau et patrimoine au Mexique : la lutte des communautés agraires du Morelos face à l'urbanisation*, Tesis doctoral, Universidad de Tours.
- Linton, J. (2010): *What is water? The history of a modern abstraction*, Vancouver, UBC Press.
- Linton, J. (2017): "De l'eau moderne aux eaux plurielles. L'évolution de la frontière hydro-sociale", en Pierron, J. P y C. Harpet (dir.) *Écologie politique de l'eau. Rationalités, usages et imaginaires*, Paris, Hermann.
- Linton, J. y J. Budds (2014): "The hydrosocial cycle: defining and mobilizing a relational-dialectical approach to water", *Geoforum*, 57, 170-180.
- Nogué, J. (2018): *Yi-Fu Tuan. El arte de la geografía*, Barcelona, Ed. Icaria.
- Nye, D.E. L. Rugg J. Fleming, J. Y R. Emmett (2013): *The emergence of the environmental humanities*, Estocolmo, The Swedish Foundation for Strategic Environmental Research (MISTRA).
- Olivier de Sardan, J-P. (2008): *La rigueur du qualitatif. Les contraintes empiriques de l'interprétation socio-anthropologique*, Louvain-la-Neuve, Academia-Bruyant.
- Ostrom, E. (2014): *Gouvernance des biens communs. Pour une nouvelle approche des ressources naturelles*, Louvain-la-Neuve, De Boeck Supérieur.
- Quenet, G. (2017): "Un nouveau champ d'organisation de la recherche, les humanités environnementales", en Blanc, G. E. Demeulenaere y W. Feuerhahn (dir.): *Humanités environnementales. Enquêtes et contre-enquêtes*, Paris, Publications de la Sorbonne, 255-269.
- Raffestin, C. (1996): "Penser, classer, utiliser la nature", en Gonseth, M.O J. Hainard y R. Kaehr, *Nature en tête*, Neuchâtel, GHK édts.
- Riaux, J. (2008): "Expertise partagée et concertation imprévue pour la gestion des sécheresses", *Cosmopolites*, 17, 107-120.
- Watteau, F. (1996): "Arme ou enjeu : l'eau dans les villages du Haut-Minho (Portugal)", en Drain, M (dir.) *Les conflits pour l'eau en Europe Méditerranéenne. Espace rural*, 36, 131-147.